

La cuestión religiosa.

("La Nación", Buenos Aires (R. A.) 9 enero 1907).

2-467 (1)
2-95

LA CUESTIÓN RELIGIOSA

(Para LA NACION)

SALAMANCA, diciembre de 1906.

Tal vez se encuentra España ahora, en el momento más crítico y más decisivo de su vida social; tal vez estamos á punto de cosechar la amarga lección del desastro; tal vez va á decidirse si hemos de ponernos al paso y al rumbo de los demás pueblos cultos ó hemos de volver á la vieja y pedregosa rodera del pasado. Nunca ha estado la política española tan revuelta y enmarañada como al presente se nos muestra, pocas veces tan agitado el espíritu público, y es porque se plantea al cabo la cuestión de las cuestiones, la cuestión batalladora, la vital para España, la cuestión religiosa.

Problema este que se procuraba evadir; casi nadie se atrevía á desflorarle siquiera, y me he pasado años diciendo y repitiendo que un día tendríamos que afrontarlo y resolverlo valientemente. Los católicos de un lado y los indiferentes en materia de religión—que más que indiferentes suelen ser ociosos—de otro lado, decían y repetían que de eso no debía ni hablarse siquiera, que las luchas religiosas son algo anacrónico, que es de mal gusto suscitar en sociedad tales cuestiones y otra porción de miserables subterfugios por el estilo. Y en el fondo era miedo y nada más que miedo. Y á favor de él se perpetuaba la mentira y con la mentira la guerra sorda, callada, la del hogar, la que envenenaba lentamente á no pocas almas.

Pero por fin, ¡loado sea Dios! la guerra se declara, dentro de poco estaremos divididos en España en católicos y liberales—liberales en verdad, del verdadero liberalismo, del que dicen que es pecado, y no del otro, no del liberalismo de droguería—y esa guerra podrá llevarnos á la paz de Westfalia, para llegar á la cual hay que pasar, de un modo ó de otro, por la dieta de Worms.

Todo el mundo ha estado creyendo y repitiendo que España es un país, no ya eminentemente, sino hasta fanáticamente católico y, sin embargo, nada más lejos de la verdad. En España, como en todas partes y más, mucho más que en otras muchas partes, hay una masa de inconscientes—niños, mujeres, aldeanos, gente inculta,—que no se puede decir que sean católicos. No son nada. Su religión es un hábito, una rutina, y se alimentan espiritualmente, más que de los dogmas y doctrinas de la iglesia de Roma, de prácticas tradicionales, casi mágicas y de ordinario supersticiosas.

Las raíces de su religión hay que ir á buscarlas á los tiempos precristianos, casi á las tinieblas prehistóricas. Como pasaron del paganismo al cristianismo, conservando las mismas fiestas y cristianando á los dioses para convertirlos en santos, pasarían de la teología católica á cualquiera otra. Viven por debajo de toda teología. Comulgan con fervor muchos de ellos y encuentran consuelo en ese mágico Sacramento, pero si se lograra ponerles en claro todas



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.SAL.ES

las sutilezas inventadas por la teología católica para fundamentar la transustanciación, con aquello de que los accidentes pueden separarse de la substancia, es casi seguro que perderían su fe en el sacramento. Ellos reposan en el misterio mismo—por absurdo que sea—mientras que la teología reposa en la aplicación del misterio. Y así la iglesia fulmina su anatema contra aquel que, aun creyendo en Dios, declare indemostrable con razones lógicas su existencia.

Y por encima de esa masa inconsciente en religión se extienden los grupos de personas más ó menos conscientes—que en esto hay grados—los que han leído y estudiado algo, los que se han detenido á examinar, siquiera de ligero, el credo que se les dió en herencia. Y la mayoría de éstos, la mayoría de las personas cultas, han perdido en España la fe católica aunque para ir á caer, por desgracia, en su mayor parte, en un agnosticismo superficial y tosco. Los llamados en España librepensadores están, por lo común, en una disposición de ánimo y de mente verdaderamente deplorable.

La mayoría de las personas cultas no es católica en España, y si otra cosa aparece á un examen superficial, es porque el espíritu de mentira, y el de cobardía que les es consiguiente, lo roen todo. Unos creen que creen sin creer de veras, otros quieren creer sin lograrlo y los más fingien creer sin abrigar creencia alguna. Era un miedo cerval el que había en España á declararse abiertamente y en público como no católico. Hoy va oediendo algo.

¿Y miedo á qué? me diréis. Miedo á la opinión pública, miedo á verse cerrados los caminos del éxito—la mano de una rica heredera, por ejemplo, ó una plaza en unas oposiciones—miedo sobre todo á las muje-

res. Este pobre país ha estado y sigue aun estando gobernado por las mujeres, y por unas mujeres que ¡las pobres! tienen en tinieblas la conciencia religiosa. Tal político se guarda de hacer declaraciones anticatólicas y se llama anticlerical, sí, pero hijo sumiso de la iglesia, por miedo al enojo de su mujer, ó tal vez de su querida, pues hay queridas que oyen misa diaria y tienen director espiritual. Es una cosa realmente vergonzosa.

En el fondo de las dos guerras civiles que ensangrentaron nuestro suelo en el pasado siglo se debatía la libertad de la conciencia religiosa española. En ambas fueron vencidos los que en un tiempo se llamaron apostólicos y después tradicionalistas ó ultramontanos, pero fueron vencidos en apariencia tan sólo. Pronto levantaban cabeza y volvían á hacerse dueños del campo. La rama dinástica vencedora tenía que entregarse á ellos tanto ó más que lo hubiera hecho, de haber vencido, la vencida.

Ahora, después del desastre, se han sentido por muchos españoles anhelos de renovación y de vida nueva, y á la vez han soplado vientos transpirenaicos. A ratos parece que hemos vuelto á aquellos años que precedieron á la primera guerra civil carlista, la de los siete años, y á la matanza de frailes. Y francamente vale más que los eche el gobierno, legalmente, mediante



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

la ley de asociaciones—que es hoy el eje de la política española—que no que los eche el pueblo, revolucionariamente, mediante una serie de motines.

Los dos bandos se aprestan á la pelea y se trata de ver de una vez si son los católicos ó somos los liberales los más fuertes.

Y mientras esto no se resuelva no podrá haber aquí ni paz ni progreso. Hasta los problemas económicosociales están supereditados aquí al problema religioso, que es el radical y el cardinal á la vez.

El viejo partido liberal histórico, el que llevó tantos años á través de páramos yermos de todo ideal el funesto Sagasta, el partido que ha querido Moret vestir á la moda inglesa del tiempo del romanticismo, es un partido que se deshace. No tiene ya razón de ser. Se disuelve como se está disolviendo en toda Europa el liberalismo clásico y doctrinario, el de Stuart Mill, el de Pitt, el de Guizot. Le substituye la tendencia radical, jacobina, si se quiere, la del «Kulturkampf». Se van desengañando las gentes de aquel aforismo de que los males de la libertad se curan con la libertad misma y se van convenciendo de la necesidad de imponer la cultura. Y en España imponer la cultura es poner coto al catolicismo y atar corta la influencia vaticanista.

El partido liberal español presentó á las cortes el proyecto de ley de asociaciones, limitando la libertad de las órdenes llamadas religiosas, para engañar al pueblo y hacer que hacia; pero el pueblo se ha llamado á engaño, su resuelta actitud ha desbaratado una crisis maquiavélica, y exige que se lleve adelante la discusión de la ley sin sofisticación alguna. Y los obispos protestan, unos con cierta mesura y otros sin mesura alguna—cosa muy episcopal á la española—y los católicos celebran novenas, peregrinaciones, reuniones y protestas de todo género. Y á las veces surgen conflictos en las calles, como no hace aún muchos días en esta apacible y tranquila ciudad de Salamanca, en que escribo y en que elementos progresistas exaltados silbaron y atacaron á una procesión. Y esto ocurre un día y otro, ya en un sitio ya en otro.

¿Y la corona? El rey tiene que obrar bajo la presión de este estado de la conciencia pública. Hace aún pocos días—escribo esto el 6 de diciembre—fué silbado frente al congreso, al pasar de vuelta de la saive, á raíz de una crisis vergonzosa que el pueblo atribuyó, con razón ó sin ella, á manejos católicos. Y acaso para salvar el trono tendrá que colocarse en la situación en que la monarquía italiana está situada.

Sabiendo es, en efecto, que en Italia apenas hay hoy republicanos. Ni en cantidad ni en calidad significan gran cosa. Y es que el Vaticano ha obligado á los liberales italianos á agruparse en torno al Quirinal, á robustecer el trono de la casa de Saboya. Garibaldi, de alma republicana, peleó por Víctor Manuel, rey del Piemonte, y Carducci, de alma republicana también, cantó á la reina Margarita y á la cruz de Saboya.

